

entregada al amor que denotaba, se entregaba á profundas meditaciones cuyo secreto se guardaba para sí.—No se trata de eso, amigo mío. Pensemos en usted. Sí, partiremos, y cuanto antes mejor. Arréglole usted todo: yo le seguiré. Es hermoso dejar plantado á París y al mundo. Voy á hacer mis preparativos de modo que nadie pueda sospechar nada.

Esta frase *le seguiré*, fué dicha cual la hubiese dicho en aquella época la Mars para hacer estremecer á dos mil espectadores. Cuando una duquesa de Maufrigneuse ofrece con semejante frase un sacrificio tan grande al amor, ha pagado su deuda. ¿Es, pues, posible hablarle de innobles detalles? Victoriano pudo ocultar tanto mejor los medios que pensaba emplear, cuanto que Diana se guardó bien de interrogarle. Como decía de Marsay, quedó convidada al banquete coronado de rosas que todo hombre debía prepararle. Victoriano no quiso irse sin que esta promesa quedase sellada: necesitaba armarse de valor con su dicha para resolverse á ejecutar una acción que, según decía él, había de ser mal interpretada; pero contó, y esta fué su razón determinante, con su tía y con su padre para enterrar el escándalo, y contaba también con Chesnel para que buscarse alguna transacción. Por otra parte, aquel *negocio* era el único medio de hipotecar las tierras de la familia. Con trescientos mil francos, el conde y la duquesa irían á vivir felices escondidos en algún palacio de Venecia, y olvidarían allí al universo entero. Los dos amantes se forjaron y se contaron su novela de antemano.

Al día siguiente, Victoriano hizo una letra de trescientos mil francos y la llevó á casa de los Keller. Los Keller pagaron, pues tenían en aquel momento fondos de Croisier, pero advirtieron á éste, por medio de una carta, que no girase más fondos contra ellos sin avisarles. Croisier, muy asombrado, pidió su cuenta, y al enviársela se lo explicó todo: su venganza estaba realizada.

Cuando Victoriano tuvo su dinero, lo llevó á casa de la duquesa de Maufrigneuse, la cual metió en su *secreter* los billetes de banco, y quiso decir adiós al mundo yendo por última vez á la Opera. Victoriano estaba pensativo, distraído, inquieto; empezaba á reflexionar. Pensaba que su asiento en el palco de la duquesa podía costarle caro y que, después de haber puesto los trescientos mil francos en seguridad, haría mejor en coger el coche para ir á arro-

jarse á los pies de Chesnel confesándole sus apuros. Antes de salir, la duquesa no pudo menos de dirigir á Victoriano una adorable mirada en la que brillaba el deseo de decir el último adiós á aquel nido que á ella le gustaba tanto. El conde, como hombre demasiado joven, perdió una noche. Al día siguiente, á las tres, estaba en el palacio de Maufrigneuse, á donde iba á recibir órdenes de la duquesa para partir al día siguiente á las doce de la noche.

—¿Por qué hemos de marchar?—le dijo ella.—He madurado con más calma el proyecto. La vizcondesa de Beau-seant y la duquesa de Langeais han desaparecido, y mi huida tendría un no sé qué de vulgar. Haremos frente á la tormenta, esto será más hermoso; estoy segura del éxito.

Victoriano sintió un desvanecimiento, pareciéndole que su piel se disolvía y que su sangre brotaba de todas partes.

—¿Qué tiene usted?—exclamó la hermosa Diana al notar una vacilación que las mujeres no perdonan nunca.

Las gentes hábiles deben decir que *sí* á todos los caprichos de las mujeres y luego sugerirles los motivos del *no*, dejándolas el ejercicio de su derecho de cambiar hasta lo infinito sus ideas, sus resoluciones y sus sufrimientos. Por primera vez, Victoriano tuvo un acceso de cólera, la cólera de las gentes débiles y poéticas, tormenta mezclada de lluvia y de rayos, pero sin truenos. A decir verdad, llegó á tratar muy mal á aquel ángel en cuya fe había confiado, hasta el punto de aventurar más que su vida, el honor de su casa.

—He aquí lo que nos espera después de diez y ocho meses de ternura. Me hace usted daño, mucho daño; váyase de aquí, no quiero volver á verle. He creído que me amaba usted, y veo que no me amá.

—¿Que no la amo á usted? ¡que no la amo!—preguntó el joven, petrificado ante aquel reproche.

—No, señor.

—¿Todavía?—exclamó.—¡Ah! ¡si supiese usted lo que acabo de hacer por usted!

—Caballero, ¿qué puede usted haber hecho por mí? Como si no se tuviese el deber de hacerlo todo por una mujer que ha hecho tanto por usted.

—No es usted digna de saberlo—exclamó Victoriano rabioso.

—¡Ah!



Después de este sublime ¡ah!, Diana inclinó la cabeza, la apoyó en la mano y permaneció fría, inmóvil, implacable, como deben ser los ángeles, que no participan de ninguno de los sentimientos humanos. Cuando Victoriano vió á aquella mujer en esta terrible postura, olvidó su peligro. ¿No acababa de maltratar á la criatura más angelical del mundo? El joven conde quería á toda costa su perdón, y arrojándose á los pies de Diana de Maufrigneuse los besó, imploró, lloró. El desgraciado permaneció allí dos horas haciendo mil locuras, pero se halló siempre con un rostro frío y unos ojos de los que brotaban lágrimas, gruesas y silenciosas, lágrimas que eran enjugadas en seguida, á fin de impedir que el indigno amante las recogiese. La duquesa fingía uno de esos dolores que hacen á las mujeres augustas y sagradas. Dos horas más sucedieron á aquellas dos primeras horas, y entonces el joven conde logró la mano de Diana, pero la encontró fría y sin alma. Aquella hermosa mano, llena de tesoros, parecía de madera, no expresaba nada: él la había cogido, pero no le había sido dada. El joven ya no vivía, ya no pensaba, no había visto el sol. ¿Qué hacer? ¿qué resolver? ¿qué decidir? En esta clase de ocasiones, para conservar la sangre fría el hombre debe estar constituido como aquel forzado que, después de haber robado durante toda la noche las medallas de oro de la biblioteca real, va por la mañana á rogar á su honrado hermano que las funda, y al oír que le dice: *¿Qué es preciso hacer?* él responde:—*Hazme café.* Pero Victoriano cayó en un estupor cuyas tinieblas envolvieron su espíritu, y sobre aquellas brumas grises pasaban, cual aquellas figuras que Rafael ha pintado en fondos negros, las voluptuosas imágenes de las que era preciso despedirse. Inexorable y despreciativa, la duquesa jugaba con una punta de su chal dirigiendo irritadas miradas á Victoriano; coqueteaba con sus recuerdos mundanos y hablaba á su amante de sus rivales, como si su cólera la decidiese á reemplazar por uno de estos á un hombre capaz de desmentir en un momento diez y ocho meses de amor.

—¡Ah!—decía ella—no sería capaz seguramente ese encantador Félix de Vandenesse de permitirse una cosa semejante con la señora de Mortsauf, á quien tan fiel es. De Marsay, ese terrible de Marsay á quien todo el mundo encuentra tan feroz, es uno de esos hombres enérgicos que

se muestran rudos con los hombres, pero que guardan todas sus delicadezas para con las mujeres. Montriveau aplastó con el pie á la duquesa de Langeais, como Otello mató á Desdémona, en un acceso de cólera que demostró al menos el exceso de su amor; pero aquello no era mezquino como una disputa y había cierto placer en ser aplastado de este modo. A los hombres rubios, pequeños, raquíuticos y débiles les gusta atormentar á las mujeres, porque sólo pueden imperar sobre seres débiles; aman para tener una razón para creerse hombres. La tiranía del amor es su único medio de ejercer el poder.

Ella no sabía por qué se había puesto bajo el dominio de un hombre rubio. De Marsay, Vandenesse, Montriveau, aquellos hermosos morenos llevaban raudales de fuego en los ojos.

Aquello fué un diluvio de epigramas que pasaron silbando como balas. Diana dirigía tres flechas en cada palabra: humillaba, pinchaba y hería sola, como saben herir diez salvajes cuando quieren hacer sufrir al enemigo atado en un madero.

En un acceso de impaciencia, el conde gritó: *¿Está usted loca!* y salió, Dios sabe en qué estado. Guió su caballo como si no hubiese guiado nunca, chocó contra otros coches, dió contra un poyo en la plaza de Luis XV y marchó á la ventura sin saber á dónde. Su caballo, al sentirse en libertad, se encaminó por el muelle de Orsay á la cuadra. Al volver la calle de la Universidad, el coche fué detenido por José.

—Señor—dijo el anciano con espanto,—no puede usted volver á casa, porque ha estado allí la justicia para prenderle.

Victoriano atribuyó aquel arresto á la carta orden, que no había podido aún llegar á manos del fiscal, y no á sus verdaderas letras de cambio, que eran movidas hacía algunos días y puestas en escena por los alguaciles con acompañamiento de espías, jueces, comisarios de policía, gendarmes y otros representantes del orden social. Como la mayor parte de los criminales, Victoriano, que no pensaba ya más que en su crimen, exclamó:

—¡Estoy perdido!

—No, señor conde, siga usted adelante y encamínese al hotel del buen Lafontaine, sito en la calle de Grenelle.



Allí encontrará usted á la señorita Armada, que ha llegado, los caballos están enganchados, y ella le espera y le llevará á lugar seguro.

En medio de su turbación, Victoriano se agarró á aquella rama que ponían al alcance de su mano en el seno de aquel naufragio, y corriendo á la fonda, encontró y abrazó á su tía, que lloraba como una Magdalena: cualquiera hubiese dicho que era cómplice de las faltas de su sobrino. Ambos montaron en el coche, y algunos instantes después se hallaron fuera de París, en la carretera de Brest. Victoriano, anonadado, guardaba profundo silencio. Cuando la tía y el sobrino se hablaron, uno y otro fueron víctimas del fatal *quid pro quo* que había arrojado sin reflexión á Victoriano en brazos de la señorita Armada: el sobrino pensaba en la falsificación, la tía pensaba en las deudas y en las letras de cambio.

—Tía mía, lo sabe usted todo.

—Sí, pobre hijo mío, pero estamos nosotros aquí. En este momento no te reñiré, ármate de valor.

—Será preciso que me esconda.

—Tal vez. Sí, esa idea es excelente.

—Si yo pudiese entrar en casa de Chesnel sin ser visto, calculando la llegada para las doce de la noche...

—Sí, eso será mejor, y así podremos ocultárselo todo á mi hermano. ¡Pobre ángel mío! ¡cómo sufres!—dijo acariciando á aquel indigno muchacho.

—¡Oh! ahora comprendo la deshonra, y esto ha aplacado mi amor.

—Desgraciado muchacho, ¡tanta felicidad y tanta miseria!

La señorita Armada sostenía sobre su pecho la abrasada cabeza de su sobrino y besaba su frente, sudorosa á pesar del frío, como debieron besar la frente del Cristo las mujeres santas en el momento de envolverlo en su sudario. Según sus excelentes cálculos, aquel hijo pródigo fué introducido nocturnamente en la apacible casa de la calle del Bercail; pero la casualidad hizo que al dar este paso fuese precisamente á meterse, como suele decirse, en la boca del lobo. Chesnel había entrado en tratos la víspera, en su despacho, con su primer pasante el señor Lepressoir, notario de los liberales, como lo era él de la aristocracia. Este joven pasante pertenecía á una familia bastante rica para poder entregar á Chesnel, á cuenta, la importante suma de cien mil francos.

—Con cien mil francos—se decía el anciano notario frotándose las manos—se pueden pagar muchas deudas. El joven tiene deudas usurarias; lo encerraremos aquí y yo me encargaré de ir á París á hacer capitular á esos perros.

Chesnel, el honrado Chesnel, el virtuoso Chesnel, el digno Chesnel, llamaba perros á los acreedores de su hijo adoptivo, del conde Victoriano. El futuro notario Lepressoir salía de la calle del Bercail cuando la calesa de la señorita Armada entraba en ella. La curiosidad propia en todo joven que hubiese visto en aquella villa y á aquella hora una calesa que se detenía á la puerta del anciano notario fué más que suficiente para que el primer pasante se escondiese en el quicio de una puerta, desde donde vió á la señorita Armada.

—¡La señorita Armada de Esgrignon á esta hora! ¿Qué pasará en casa de los Esgrignon?—se dijo.

Al ver á la señorita, Chesnel la recibió con mucho misterio; metiendo primero dentro de la casa la luz que llevaba en la mano. Al ver á Victoriano y al oír una palabra que la señorita Armada le dijo al oído, el buen hombre lo comprendió todo; examinó primero la calle, la halló silenciosa y tranquila, hizo una seña, y entonces el joven conde se trasladó de la calesa al patio de la casa. Todo estaba perdido. El escondite de Victoriano era conocido por el sucesor de Chesnel.

—¡Ah! señor conde—exclamó el notario cuando Victoriano estuvo instalado en un cuarto que daba al despacho de Chesnel, donde no se podía entrar más que pasando por encima del cuerpo del buen hombre.

—Sí, señor—respondió el joven comprendiendo la exclamación de su anciano amigo.—No he querido seguir sus consejos y me hallo en el fondo de un abismo en el que me será preciso perecer.

—No, no—dijo el buen hombre mirando triunfalmente al conde y á la señorita Armada.—he vendido mi notaría. Hacía ya mucho tiempo que trabajaba y que pensaba retirarme, y mañana tendré cien mil francos, con los cuales se pueden arreglar muchas cosas. Señorita, usted está cansada; suba al coche y vaya á acostarse.

—¿Estará aquí seguro?—respondió la solterona señalando á Victoriano.

—Sí—dijo el buen viejo.



Oída aquella contestación, la tía abrazó á su sobrino depositando algunas lágrimas en su frente, y partió.

—Mi buen Chesnel, ¿de qué servirán sus cien mil francos en la situación en que me hallo?—dijo el conde á su viejo amigo cuando se quedaron solos.—Ya veo que usted no conoce la extensión de mi desgracia.

Victoriano le explicó en el acto sus manejos, y Chesnel quedó petrificado al oírlos; tanto, que á no ser por su abnegación, hubiera sucumbido ante aquel golpe. Dos arroyos de lágrimas brotaron de sus ojos, que cualquiera hubiera creído secos, y durante algunos instantes se convirtió en un niño para mostrarse luego insensato como un hombre que viese arder su casa, y á través de una ventana, entre las llamas, la cuna de sus hijos y sus caballos relinchando al consumirse. Se irguió sobre sus pies, pareció crecer, levantó sus viejas manos al cielo, y agitándolas con gestos locos y desesperados, exclamó:

—Joven, que su padre muera sin saber nunca nada. Basta con ser falsificador, pero no sea usted parricida. ¿Huir? no, le condenarían á usted en rebeldía. Desgraciado muchacho, ¿por qué no ha falsificado usted mi firma? Yo hubiera pagado y no hubiera llevado al juez el cuerpo del delito. Yo no puedo nada. Usted me ha sumido en el último agujero del infierno. ¡Croisier! ¿Qué hacer? ¿qué partido tomar? Si hubiese usted matado á alguno, aun sería excusable; pero ¡una falsificación! ¡una falsificación! ¡Y el tiempo vuela!—dijo señalando al reloj con gesto amenazador.—Ahora necesitamos un pasaporte falso: el crimen atrae al crimen. Es preciso...—dijo haciendo una pausa—es preciso ante todo salvar la casa Esgrignon.

—Pero el dinero está en casa de la duquesa de Maufrigneuse—exclamó Victoriano.

—¡Ah!—repuso Chesnel—así queda una remota esperanza. ¿Podremos enternecer á Croisier, comprarle? Si quiere, le daremos todos los bienes de la casa. Me voy allá, voy á despertarle, á ofrecérselo todo. Por otra parte, no será usted el que habrá hecho la falsificación, seré yo. Yo iré á galeras, yo he pasado la edad de las galeras, y sólo podrán encerrarme.

—Pero si he escrito yo el cuerpo de la carta orden—dijo Victoriano; sin asombrarse de aquel insensato sacrificio.

—¡Imbécil! Perdón, señor conde. Debía usted habérselo

mandado escribir á José—exclamó el anciano notario furioso.—Es un buen muchacho y hubiera cargado gustoso con la responsabilidad. Esto se acaba, ¡el mundo se desploma!—repuso el anciano sentándose agobiado.—Croisier es un tigre, cuidemos no despertarle. ¿Qué hora es? ¿Dónde está la carta orden? ¡En París! En París podría recogerse en casa de los Keller, que tal vez se prestarían á ello. ¡Ah! es asunto este en que todo se presta al peligro, y un solo mal paso nos pierde. De todos modos, es preciso dinero. Vamos, nadie sabe que está usted aquí. Viva encerrado en la bodega si es preciso. Yo me voy; corro á París, pues ya oigo la diligencia de Brest.

En un momento el anciano recobró la facultad de su juventud, su agilidad, su vigor; se hizo un paquete de viaje, tomó dinero, metió un pan de seis libras en el cuartito y encerró en él á su hijo adoptivo, diciéndole:

—No haga usted ruido; permanezca ahí hasta mi vuelta, sin luz por la noche, porque de lo contrario va á presidio. ¿Me oye usted, señor conde? Sí, á presidio, si en una villa como la nuestra supiese alguien que está usted ahí.

Y dicho esto, Chesnel salió de su casa después de haber ordenado á la criada que dijese que estaba enfermo; que no recibiese á nadie, que despidiese á todo el mundo y que aplazara todos los asuntos para tres días después. Acto continuo se fué á seducir al administrador de la diligencia; le contó una mentira y, para el caso de que sobrase asiento, logró la promesa de admitirle sin pasaporte, guardando profundo secreto acerca de su precipitada marcha. Afortunadamente, el coche llegó vacío.

Llegado al día siguiente por la noche á París, el notario se hallaba á las nueve de la mañana en casa de los Keller, donde supo que la fatal carta orden había sido enviada hacia tres días á Croisier; pero mientras tomaba estos informes no dijo nada comprometedor. Antes de dejar á los banqueros, les preguntó si entregando la suma podían devolver aquel documento; Francisco Keller respondió que el documento pertenecía á Croisier, único dueño de conservarlo ó de entregarlo. El anciano, desesperado, se fué á casa de la duquesa. A aquella hora la señora de Maufrigneuse no recibía á nadie, pero Chesnel, que conocía el valor del tiempo, se sentó en la antesala, escribió algunas líneas y las hizo llegar á manos de la señora de Maufrigneuse, seduciendo,



fascinando é interesando á los criados más insolentes y más inaccesibles del mundo. Aunque estaba aún en la cama, la duquesa, con gran asombro de sus criados, recibió en su cuarto al anciano notario, diciéndole:

—¿Qué hay? ¿qué quiere de mí el ingrato?

—Hay, señora duquesa, que usted tiene cien mil escudos nuestros—exclamó el buen hombre.

—Sí—dijo ella.—¿Qué significa?

—Esa suma es el resultado de una falsificación que nos llevará á galeras y que hemos hecho por amor á usted—dijo vivamente Chesnel.—¿Cómo no lo ha adivinado usted, que es tan inteligente? En lugar de reñir al joven, debía usted haberle interrogado, para salvarle deteniéndole á tiempo. Ahora, quiera Dios que la desgracia no sea irreparable. Vamos á necesitar de toda su influencia con el rey.

Al oír las primeras palabras, que la pusieron al corriente de este asunto, la duquesa, avergonzada de su conducta con un amante tan apasionado, temió ser tildada de cómplice, y en su deseo de demostrar que había conservado el dinero sin tocar en él, olvidó toda conveniencia, no consideró como hombre á aquel notario, y destapándose con violencia, se encaminó hacia su *secretar*, pasando ante el notario como uno de esos ángeles que se ven en las viñetas de Lamartine, y trasladándose después confusa al lecho, desde el cual tendió á Chesnel los cien mil escudos.

—Señora, es usted un ángel—le dijo (¡tenía que ser un ángel para todo el mundo!)—Pero no será esto todo—repuso el notario;—cuento con su apoyo para salvarnos.

—¿Salvarles? lo lograré, ó moriré en la contienda. Se necesita amar mucho para no recular ante un crimen. ¿Por qué mujer se ha hecho una cosa semejante? ¡Pobre niño! vaya usted, no pierda tiempo, mi querido señor Chesnel, y cuente conmigo como consigo mismo.

—¡Señora duquesa, señora duquesa!

El anciano notario estaba tan emocionado, que no supo decir más palabras que éstas. Lloraba, sentía deseos de bailar, pero por temor á volverse loco, se contuvo.

—Entre los dos le salvaremos—le dijo á la duquesa al marcharse.

Chesnel fué á ver también á José, el cual le abrió el *secretar* y la mesa en que estaban los papeles del joven conde, entre los cuales halló algunas cartas de Croisier y de los

Keller que podían llegar á serle útiles. Después tomó un asiento en una diligencia que salía inmediatamente y pagó á los postillones de modo que pudiesen hacer marchar á aquel pesado coche con tanta rapidez como el correo, pues halló dos viajeros que llevaban tanta prisa como él, con los cuales se puso de acuerdo para comer dentro del coche. La distancia fué recorrida con gran rapidez, y el notario entró en la calle del Bercail después de tres días de ausencia. Aunque eran las doce de la noche, el pobre anciano llegó demasiado tarde, pues cuando entraba por la puerta de su casa, vió gendarmes en el portal y al joven conde detenido. Ciertamente que si hubiese podido, hubiera matado á todos los agentes de policía y á los soldados; pero sólo se le ocurrió arrojarle al cuello de Victoriano, para decirle al oído:

—Si no logro echar tierra á este asunto, será preciso que usted se mate antes de que se pronuncie la sentencia.

Victoriano estaba en tal estado de estupor, que miró al anciano y respondió:

—¡Matarme!

—Sí; si no tiene usted valor, hijo mío, cuente conmigo—le dijo Chesnel estrechándole la mano.

A pesar del dolor que le causaba este espectáculo, el notario permaneció plantado sobre sus temblorosas piernas contemplando al hijo de su corazón, al conde de Esgrignon, al heredero de aquella gran casa conducido entre gendarmes, entre el comisario de policía, el juez de paz y el alguacil. El anciano no recobró su energía y su presencia de ánimo hasta que aquella tropa hubo desaparecido, hasta que no oyó ya el ruido de sus pasos y se restableció el silencio.

—Señor, va usted á constiparse—le dijo Brígida.

—¡Llévete el diablo!—exclamó el notario desesperado.

Brígida, que no había oído nada semejante en veintinueve años que servía á Chesnel, dejó caer la palmatoria; pero sin tener en cuenta el espanto de Brígida, el amo, que no oyó la exclamación de su criada, empezó á correr hacia el Val-Noble.

—¡Está loco! pero después de todo, ya hay para estarlo—se dijo la criada.—Pero ¿adónde va? me es imposible seguirlo. ¿Qué va á hacer? ¿Querrá ahogarse?

Brígida despertó al primer pasante y le envió á vigilar las orillas del río, que se había hecho tristemente célebre desde el suicidio de un joven lleno de porvenir y la reciente muerte



de una muchacha seducida. Chesnel se trasladaba á la casa de Croisier, pues ya no le quedaba más esperanza que él. Los delitos por falsificación no pueden ser perseguidos más que á instancias de parte, y si Croisier quería prestarse á ello, aun era posible hacer pasar la querrela por un error, y Chesnel esperaba poder comprar á aquel hombre.

Durante aquella velada, había ido á casa de los señores Croisier mucha más gente que de ordinario, y aunque este asunto había sido llevado en secreto entre el presidente del tribunal, señor Ronceret, el señor Sauvager, primer fiscal de la audiencia y el señor Coudrai, los señores Ronceret y Coudrai se lo habían confiado bajo secreto á uno ó dos amigos. La noticia había, pues, corrido de boca en boca entre la gente que acudía á casa del señor Croisier, y como todo el mundo comprendía la gravedad del asunto, no había nadie que se atreviese á hablar abiertamente de él. Por otra parte, el apego de la señora Croisier á la nobleza era tan conocido, que apenas se aventuró nadie á cuchichear acerca de la desgracia que ocurría á los Esgrignon, pidiéndose nuevos detalles. Los principales interesados esperaron pues, para hablar de ello, la hora en que la buena señora Croisier se retiraba á su dormitorio para cumplir allí sus deberes religiosos lejos de las miradas de su marido. En el momento en que la dueña de la casa desapareció, los adictos á Croisier que conocían el secreto y los planes de este gran industrial, se pasaron revista, vieron que había aún en el salón personas cuyas opiniones é intereses no inspiraban gran confianza y continuaron jugando. A eso de las once y media, no quedaron ya más que los íntimos, á saber: el señor Sauvager, el juez de instrucción señor Camusot y su mujer, los señores Ronceret, su hijo Fabián, los señores Coudrai y José Blondet, hijo mayor de un viejo juez, total diez personas.

Se cuenta que Talleyrand, á las tres de la mañana de una fatal noche, jugando en casa de la duquesa de Luynes, interrumpió el juego, colocó su reloj sobre la mesa y preguntó á los jugadores si el príncipe de Condé tenía más hijos que el duque de Enghien.

—¿Por qué pregunta usted una cosa que tan sabida tiene? —le preguntó la señora Luynes.

—Porque si el príncipe de Condé no tiene otro hijo, la casa de Condé queda extinguida.

Después de un momento de silencio, se reanudó el juego.

Ya porque conociese esta anecdota de la historia contemporánea, ya porque los principes pequeños se parecen á los grandes en los detalles de la vida política, es lo cierto que el presidente Ronceret procedió de un modo análogo. Miró la hora, é interrumpiendo el juego, dijo:

—En este momento detienen al señor conde de Esgrignon, y esta casa tan orgullosa queda deshonorada para siempre.

—¿De modo que han podido ustedes echarle el guante á ese muchacho?—preguntó Coudrai con alegría.

Todos los presentes, menos el presidente, el fiscal y Croisier, manifestaron repentino asombro.

—Acaba de ser detenido en casa de Chesnel, donde se hallaba escondido—dijo el fiscal adoptando aire de hombre capaz, con pretensiones de ministro.

Este señor Sauvager, primer substituto fiscal, era un hombre de veinticinco años, alto y delgado, de cara larga y cetrina, cabellos negros y ojos hundidos provistos de arrugados y morenos párpados. Tenía nariz de ave de rapiña, boca recogida y mejillas ajadas por el estudio y consumidas por la ambición. Ofrecía el tipo de esos seres secundarios que acechan las circunstancias y que están dispuestos á todo por medrar, pero que se mantienen en los límites de lo posible y dentro del decoro, antes que de la legalidad. Su aire de hombre importante denotaba claramente su condición servil. El secreto del retiro del joven conde le había sido comunicado por el sucesor de Chesnel, y él presumía de hombre de gran penetración. Esta noticia pareció sorprender vivamente al juez de instrucción señor Camusot, el cual había extendido á instancias de Sauvager la sentencia de prisión que tan pronto se había ejecutado. Camusot era un hombre de unos treinta años, pequeño, gordo, rubio, de carnes blandas y de tez livida, como casi todos los magistrados que viven encerrados en sus despachos ó en sus salas de audiencia. Tenía unos ojillos de color amarillo claro que denotaban esa desconfianza que pasa frecuentemente por la astucia.

La señora Camusot miró á su marido como para decirle:

—¿No tenía yo razón?

—De modo que la cosa seguirá adelante—dijo el juez de instrucción.

—Quién lo duda,—repuso Coudrai.—Teniendo cogido al conde, ya no hay ninguna dificultad.

—Hay el jurado—dijo el señor Camusot,—y para este



asunto, el señor prefecto sabría arreglarlo de manera que con las recusaciones ordenadas á la audiencia y las del acusado, no quedan más que personas favorables á la absolución. Mi opinión, señores míos, sería transigir—dijo dirigiéndose á Croisier.

—¡Transigir!—dijo el presidente. —¿Cómo es posible, estando ya el asunto en manos de la justicia?

—Condenado ó absuelto, el conde de Esgrignon no deja de quedar deshonrado para siempre—dijo el fiscal.

—Yo represento la parte civil y tendré á Dupin el mayor, —dijo Croisier.—Ya veremos cómo se escapa de sus garras la casa Esgrignon.

—¡Oh! ya sabrá ella defenderse y escoger un buen abogado en París. Tendrán ustedes enfrente á Berryer,—dijo la señora Camusot.—Donde las dan, las toman.

Croisier, el señor Sauvager y el presidente Ronceret, miraron al juez de instrucción movidos por un mismo pensamiento. El tono y la manera que tuvo la joven mujer de dirigirles el proverbio á las ocho personas que tramaban la pérdida de la casa Esgrignon, les causaron emociones que cada uno disimuló como saben disimular las gentes de provincias, acostumbradas por su coherencia continua á las astucias de la vida monacal. La pequeña señora Camusot notó el cambio de las caras tan pronto como se notó la oposición probable del juez á los designios de Croisier. Al ver á su marido descubrir el fondo de su pensamiento, había querido ella sondar la profundidad de aquellos odios y adivinar el interés que había tenido Croisier en conquistar al primer fiscal, que había obrado tan precipitadamente y tan en contra de las corrientes del poder.

—En todo caso, si para este asunto vienen abogados célebres de París, tendremos interesantes sesiones en la audiencia; pero el asunto morirá entre el juzgado y la audiencia, pues es de creer que el gobierno hará secretamente todo lo que pueda para salvar á un joven que pertenece á una gran familia y que es amigo de la duquesa de Maufrigneuse. De modo que no creo que tengamos escándalo.

—¡Qué fácilmente lo arregla usted, señora!—dijo severamente el presidente.—¿Cree usted que el tribunal que ha de instruir el proceso y que ha de juzgar primero, se va á dejar influir por consideraciones extrañas á la justicia?

—Los sucesos prueban lo contrario—contestó la señora

Camusot con malicia mirando al fiscal y al presidente que le dirigieron una fría mirada.

—Explíquese usted, señora—dijo el fiscal.—Habla usted como si nosotros no hubiésemos cumplido con nuestro deber.

—Las palabras de la señora no tienen ningún valor—dijo Camusot.

—¿Pero no han prejuzgado las del señor presidente una cuestión que depende de la instrucción del proceso?—repuso ella.—Y sin embargo, la instrucción no se ha hecho aún y el tribunal no ha dictado todavía sentencia.

—No estamos en la audiencia—le respondió el fiscal con acritud,—y por otra parte, nosotros lo sabemos todo.

—Yo creo, por el contrario, que el señor fiscal del rey lo ignora todo todavía—le replicó ella mirándole con ironía.—Va á tener que volver á toda prisa de la Cámara de diputados, y ustedes le van á procurar tal trabajo, que tal vez tenga que hacer uso de la palabra él mismo.

El sustituto frunció sus pobladas cejas, y los interesados vieron escritos en su frente tardíos escrúpulos. Después de esto, se produjo un gran silencio durante el cual no se oía más que echar y levantar las cartas. Los señores Camusot, que se vieron tratados con frialdad, salieron para dejar hablar á los conspiradores á su antojo.

—Camusot—le dijo su mujer en la calle,—te has adelantado demasiado. ¿Por qué les has hecho sospechar que no secundarás sus planes? Te harán alguna trastada.

—¿Qué pueden contra mí? Soy el único juez de instrucción.

—¿No pueden calumniarte sordamente y provocar tu destitución?

En este momento, el matrimonio topó con Chesnel. El viejo notario reconoció al juez de instrucción, y con la lucidez de las gentes avezadas á los negocios, comprendió que el destino de la casa Esgrignon estaba en manos de aquel joven.

—¡Ah! señor—exclamó el buen notario—vamos á necesitarle á usted. No quiero decirle más que una palabra. Dispéñeme, señora.

Como buena conspiradora, la señora Camusot miró de reojo á la casa Croisier, á fin de romper la conferencia en el caso de que alguien saliese, aunque juzgaba con razón á los enemigos ocupados en discutir el incidente que ella había



promovido. Chesnel llevó al juez á un rincón obscuro cerca de la pared, y acercándosele al oído, le dijo:

—La influencia de la duquesa de Maufrigneuse, la del duque de Cadiñán, la de los duques de Navarreins y de Lenoncourt, la del ministro, la del canceller, la del rey, con todas podrá usted contar si se pone de parte de la gran casa Esgrignon. Llegó de París, lo sabía todo, y he corrido á explicarlo todo en la corte. Contamos con usted, y yo le guardaré el secreto. Si nos es usted hostil, vuelvo á marchar mañana mismo á París, y deposito en manos de Su Grandeza una queja por sospecha legítima contra el tribunal, algunos de cuyos miembros, además de ser amigos de Croisier, estaban esta noche en su casa, y han comido y han bebido en ella, contraviniendo así las leyes.

Chesnel hubiera hecho intervenir al Padre Eterno si hubiera tenido poder para ello. Dicho esto, dejó al juez sin esperar respuesta y se encaminó como un galgo hacia la casa de Croisier. Intimidado por su mujer á que le revelase las confidencias de Chesnel, el juez obedeció y fué acometido por ese:—¿No tenía yo razón, amigo mío? que las mujeres dicen también cuando no tienen razón, pero menos suavemente.

Al llegar á su casa, Camusot había confesado la superioridad de su mujer y reconoció la dicha de pertenecerle, confesión que preparó sin duda una noche feliz á los dos esposos. Chesnel encontró al grupo de sus enemigos que salía de casa de Croisier, y temió encontrarle acostado, lo cual hubiera considerado como una desgracia, pues se hallaba en una de esas circunstancias que exigen rapidez.

—¡Abra usted en nombre del rey!—le gritó al criado, que cerraba el vestíbulo.

Acababa de invocar al rey ante un juez tan ambicioso, y seguía conservando esta palabra en sus labios sumido en un mar de confusiones, delirando. Abrieron. El notario se precipitó como un rayo en la antesala.

—Muchacho, te doy cien escudos si puedes despertar á la señora Croisier y enviármela al instante. Dile todo lo que quieras.

Chesnel se puso serio y grave al abrir la puerta del salón en que Croisier se paseaba dando grandes pasos. Aquellos dos hombres se midieron entonces durante un momento con una mirada que tenía de profundidad veinte años de odio

y de rencor. El uno tenía el pie sobre el corazón de la casa Esgrignon, y el otro avanzaba con la fuerza de un león para arrancárselo.

—Señor—dijo Chesnel,—le saludó muy humildemente. ¿Ha presentado usted la denuncia?

—Sí, señor.

—¿Desde cuando?

—Desde ayer.

—¿No se ha dictado más sentencia que la de prisión?

—Así lo creo—replicó Croisier.

—Vengo á tratar.

—La cosa está en manos de la justicia y nada puede detenerla, tiene que seguir su curso.

—No nos ocupemos de eso; estoy á sus órdenes, á sus pies.

El anciano Chesnel cayó de rodillas y tendiendo sus suplicantes manos á Croisier, le dijo:

—¿Qué necesita usted? ¿Quiere usted nuestros bienes, nuestro castillo? Tómelo todo, retire la denuncia, y no nos deje más que la vida y el honor. Además de todo lo que le ofrezco, seré su servidor, podrá usted disponer de mí.

Croisier dejó que el anciano siguiera arrodillado y se sentó en un sofá.

—Usted no es vengativo, usted es bueno, no nos odiará tanto que no se preste á un arreglo—dijo el anciano.—Antes de amanecer, el conde estaría en libertad.

—Toda la villa sabe su detención—dijo Croisier saboreando su venganza.

—Es una gran desgracia; pero si no hay juicio ni pruebas, lo arreglaremos bien todo.

Croisier reflexionaba, Chesnel le creyó luchando con el interés y tuvo la esperanza de ganar á su enemigo mediante este gran móvil de las acciones humanas. En este momento supremo se presentó la señora Croisier.

—Venga usted, señora, ayúdeme á ablandar á su querido marido—dijo Chesnel, que seguía arrodillado.

La señora Croisier levantó al anciano, manifestando la más profunda sorpresa. Chesnel le contó lo ocurrido. Cuando la noble hija de los servidores de los duques de Alençon supo de lo que se trataba, se volvió con lágrimas en los ojos hacia Croisier y le dijo:



—¡Ah! señor, ¿puede usted vacilar? Los Esgrignon, et honor de la provincia.

—No se trata de eso—exclamó Croisier levantándose y reanudando su paseo.

—Pues ¿de qué se trata?—dijo Chesnel asombrado.

—Señor Chesnel, se trata de Francia; se trata del país, se trata del pueblo, se trata de hacer saber á esos señores nobles que hay una justicia, leyes, una burguesía y una pequeña nobleza que valen tanto como ellos y que los tiene cogidos. No se siegan diez campos de trigo para una liebre, no se lleva la deshonra á una familia seduciendo á pobres muchachas, no se debe despreciar á gentes que valen tanto como nosotros, y no se burla uno de ellos durante diez años sin que estos hechos no tomen proporciones y no produzcan avalanchas, y estas avalanchas caigan, aplasten y entierren á los señores nobles. Ustedes desean la restauración del antiguo orden de cosas, ustedes quieren destruir el pacto social, esa constitución donde están escritos nuestros derechos.

—¿Y á qué viene eso?—dijo Chesnel.

—¿No es una misión santa el instruir al pueblo?—exclamó Croisier;—él verá claro acerca de la moralidad de nuestro partido, cuando vea á los nobles yendo como Pedro ó Juan á la barra. Se dirá que los plebeyos que tienen honor valen más que los grandes que deshonran. La audiencia funciona para todo el mundo. Yo soy aquí el defensor del pueblo, el amigo de las leyes. Por dos veces me arrojaron ustedes mismos hacia el lado del pueblo, primero negándose á mi matrimonio y después desterrándome de su sociedad. Recogen ustedes lo que han sembrado.

Este principio asustó á Chesnel, así como á la señora Croisier. La mujer adquirió un horrible conocimiento del carácter de su marido y esto fué un resplandor que le iluminaba no sólo el pasado, sino también el porvenir. Parecía imposible hacer capitular á aquel coloso; pero Chesnel no reculó ante lo imposible.

—¡Cómo! señor, ¿no sabe usted perdonar? ¿No es usted cristiano?—dijo la señora Croisier.

—Señora, yo perdono como perdona Dios, con condiciones.

—¿Cuáles son?—dijo Chesnel, que creyó ver un rayo de esperanza.

—Van á venir las elecciones y quiero para mí los votos con que ustedes cuentan.

—Los tendrá—dijo Chesnel.

—Quiero que mi mujer y yo seamos recibidos familiarmente todas las noches y con amistad, aparente al menos, por el marqués de Esgrignon y por los suyos.

—No sé cómo lograremos eso, pero será usted recibido.

—Quiero una hipoteca de cuatrocientos mil francos fundada en una transación escrita de este asunto, á fin de tener siempre un canon sobre vuestro corazón.

—Consentimos—dijo Chesnel sin confesar que llevaba encima los cien mil escudos,—pero estará el documento en mano de tercero y será devuelto á la familia después de su elección de usted y de realizado el pago.

—No, sino después del casamiento de mi sobrina la señorita Duval, que tal vez llegue á ser dueña algún día de cuatro millones. Esta joven será instituída heredera mía y de mi mujer en el contrato y usted hará de modo de casarla con el joven conde.

—¡Nunca!—dijo Chesnel.

—¿Nunca?—repitió Croisier embriagado con su triunfo.

—Buenas noches.

—¡Qué imbécil soy!—se dijo Chesnel.—¿Por qué recular ante una mentira con semejante hombre?

Croisier se fué, complaciéndose en anularlo todo en nombre de su orgullo herido, después de haber gozado de la humillación de Chesnel, de haber balanceado los destinos de la soberbia casa en quien se resumía la aristocracia de la provincia y de haber impreso la huella de su pie en las entrañas de los Esgrignon. Subió á su cuarto, dejando á su mujer con Chesnel. En medio de su embriaguez no veía nada contra su victoria; creía firmemente que los cien mil escudos habían sido gastados y que, para encontrarlos, la casa Esgrignon necesitaba vender ó hipotecar sus bienes. A sus ojos era, pues, inevitable el proceso. Los delitos de falsificación tienen siempre arreglo, cuando la suma sorprendida se restituye. Las víctimas de este delito son por lo regular gentes ricas á quienes no les importa ser causa de la deshonra de un hombre imprudente. Pero Croisier no quería renunciar á sus derechos, á no ser con su cuenta y razón. Se acostó, pues, pensando en la magnífica realización de sus esperanzas, ya por medio de la audiencia, ó bien con el pro-